



Posicionamiento de Laicos en la Vida Pública sobre Mensaje de la CEM

México está herido. Pero no está vencido.

En nuestras calles resuena un clamor que no se puede ignorar: madres que buscan a sus hijos, familias que viven con miedo, campesinos que luchan por defender su tierra, jóvenes que sienten que el futuro se les escapa entre las manos.

La violencia golpea. La injusticia duele. El cansancio pesa. Y, sin embargo, en medio de este dolor, **la Iglesia nos recuerda algo decisivo**: No estamos en el final de la historia. Nuestro país no está a la deriva. No vivimos un naufragio.

Como dice el Papa León XIV, con la firmeza de quien mira más allá de la oscuridad: **“El tiempo presente no es un naufragio; es un parto.”**

Un parto es dolor, sí. Pero también es vida. Es promesa. Es el anuncio de que algo nuevo está emergiendo.

Y en ese nacimiento doloroso... **nosotros** —los laicos, los ciudadanos, los hombres y mujeres que caminan cada día por las calles de México— tenemos un papel que nadie más puede desempeñar.

Porque cuando la CEM alza la voz denunciando la injusticia, cuando nos recuerda que no podemos callar, está hablando también de ti y de mí. Está hablando de nuestra responsabilidad, de nuestra vocación, de nuestra fuerza.

Y es que **la esperanza cristiana no es un sentimiento bonito**, no es una idea abstracta ni un talento reservado a unos cuantos.

La esperanza cristiana —como dice el Papa Francisco— **es audaz**. Es capaz de enfrentarse a la oscuridad y aún así creer que algo nuevo puede nacer.

Por eso dice también: **“El Jubileo debe despertar la creatividad del bien en todos los rincones donde la vida humana está herida.”**

La pregunta es clara:

¿Quién llevará la creatividad del bien a las colonias olvidadas?

¿Quién acompañará a las víctimas?

¿Quién protegerá la democracia?

¿Quién defenderá la dignidad del trabajo, de la tierra, del hogar?

¿Quién pondrá fin a esa mentira que nos dice que nada puede cambiar?



Posicionamiento de Laicos en la Vida Pública sobre Mensaje de la CEM

La respuesta es sencilla y contundente: **Nosotros. Los laicos. Los ciudadanos. Los hombres y mujeres que aman esta tierra.**

Porque como dice Francisco: “**Nadie se salva solo.**” Y como nos enseña la Doctrina Social de la Iglesia, el trabajo es sagrado, la vivienda es un derecho con función social, la tierra es un don que debe cuidarse, y la dignidad humana es inviolable.

Los desafíos de México son grandes. Pero más grande es la fuerza de un pueblo que cree. Más fuerte es la luz que lleva dentro quien ha descubierto que la fe no es un escape, sino una misión.

Por eso, hoy te digo con toda certeza: **No hemos nacido para ser espectadores. Hemos nacido para ser protagonistas del bien. Constructores del bien común. Parteros de un México nuevo.**

La historia no se escribe sola. La escriben los que se atreven. Los que dicen la verdad. Los que defienden la vida. Los que luchan por justicia. Los que no se rinden ante el cinismo ni el miedo. Los que, aun con lágrimas, siguen sembrando esperanza.

Tú y yo somos llamados hoy —no mañana, hoy— a encender luces donde otros solo ven oscuridad. A ser puentes. A ser manos. A ser voz. A ser consuelo. A ser fuerza. A ser comunidad. A ser esperanza encarnada.

Y así, con los pies en la tierra y el corazón en Dios, podremos sostener la visión más profunda del Papa León XIV:

Que este tiempo difícil —este tiempo de lágrimas, de luchas, de desgaste— es, en realidad, **un tiempo de nacimiento.**

Y nosotros —todos nosotros— somos los llamados a acompañar ese nacimiento.

No tengas miedo. No estás solo. No estamos derrotados.

Porque cuando un pueblo despierta, cuando una Iglesia se une, cuando los laicos se ponen de pie y actúan, nada puede detener la fuerza del bien.

Un nuevo México está en parto. Y juntos le ayudaremos a nacer con bien.

<https://youtu.be/aRsei4EbP5U>